

extremar mi fe hasta la exaltación, pude apreciar el gusto inquietante del sacrificio y contarme entre el reducido número de hombres que son capaces de olvidarse de sí. Isabel, tu apaciguas mis obscuras tristezas y haces agradable a mis ojos fatigados por la lectura el panorama siempre igual del pueblito. Isabel, eres la flor desconocida de mi huerto, y desde tu escondite derramas el perfume sobre mí y consigues, con la sola evocación de tu silueta desvanecida, infundir fortaleza a mis años y tornar amable el invierno que me va encorvando. Isabel, yo te bendigo desde el retiro de mi iglesia campesina, húmeda, chica y malhumorada y cuando pronuncio el nombre de las mujeres piadosas que estrellan el infinito, tu imagen aparece, velada por una leve melancolía. Bendita tú eres entre todas, consuelo de mis penas, refugio de mi memoria; Isabel...

Hacia un año que yo era cura de San Silvestre. Serio, escrupuloso y tímido, observaba las prescripciones de la religión con una exactitud medida, y los pacíficos habitantes de *Las Colinas* se habían ya acostumbrado conmigo. Distante de las reyertas locales, atribuía poca importancia a los actos de los incredulos, con quienes me relacionaba una amistad vecinal, y tampoco fundaba la gloria de los cielos sobre la devoción exclusiva de mis feligreses. Dominábame una incierta tristeza y prefería a las tertulias de la botica y las controversias políticas del jefe de la estación, el aislamiento de mi cuarto lúgubre. Por la índole de mi naturaleza, me inclino a la sociedad de los humildes y hallo grata la compañía de los seres rústicos, de las almas grotescas y simples. Pero no puedo, entre ellos, participar de sus alegrías y terciar de sus detalles cotidianos. Sólo me son accesibles sus amarguras vulgares y la bondad inocente que los hace sagrados.

Así fué que todos notaron mi melancolía y poco a poco, como renunciara a convites y distracciones ajenas a mis costumbres, se intentó explicar mi carácter fundando mi modo de ser en antecedentes absurdos. En torno mío, se formó una leyenda curiosa. Resulté héroe de amores secretos con una gran dama de Buenos Aires y fuí desterrado por la rivalidad envidiosa del señor obispo. Mas la novela se borró, y nadie—que yo sepa al menos—ensayó nuevas interpretaciones.

Una tarde encontrábamé en casa de una familia de agricultores, gente muy buena. Tomábamos té. En el patio estaba dispuesta la mesa y los chicos jugaban a pocos pasos de nosotros. Los dueños de casa me hablaban de la

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa, en su género, singular en Costa Rica.


Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

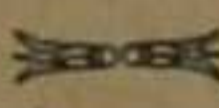
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

<p>CERVEZAS</p> <p>Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p> <p>REFRESCOS</p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-</p>		<p>ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p> <p>SIROPES</p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE  COSTA RICA

huerta, de tal o cual vecino. La hija, una muchacha de veinte años, bordaba una tohalla. Era de una belleza casi delicada sin dejar de ser robusta, y sus dos ojos, grandes y sombríos, permanecían inmóviles bajo el arco fino de las pestañas. Sus movimientos eran ágiles, y de su persona fluía una gracia melancólica que, ciertamente, jamás me había preocupado. Las demás muchachas de la villa no la estimaban con exceso y la consideraban con menosprecio.

Aquella tarde apenas si me contestó a la pregunta indispensable sobre el estado—por otra parte excelente—de su salud. De pronto interrumpió el relato de su padre con estas palabras:

—Me parece que usted aburre al señor cura con sus cosas.

--Se equivoca, Isabel—respondí.

—No. Yo no me equivoco. Las cosas de la cosecha y de la labranza, de las gallinas y del boticario, tienen que fastidiarle. Si no fuera así, usted no estaría siempre tan triste...

Esa inesperada observación me perturbó. Aumentó en mi alma la melancolía, y cuando me hallé solo en mi cuarto, junto a la indigente iglesiaca, examiné con minuciosa crueldad mi vida sin objeto. ¿Qué hacía yo en *Las Colinas*? ¿Qué iba a ser de mí en otra parte? Aquella noche no pude conciliar el sueño. Las palabras de la muchacha labriega sonaban en mis oídos como golpes menudos en el vidrio de la ventana. No me acostumbraba a la existencia monótona y grave del pueblo y tampoco me decidía a abandonarlo. Mi habitación, vacía de todo adorno, fosca como una celda, contribuyó muy poco para sacarme de tales pensamientos. No sé por qué, recordé horas de infancia y evoqué mis estudios en la es-

cuela primaria. Mi compañero de banco —tengo presente su carita mofletuda y boba—solía hablarme de su novia. Ese detalle avivó la orfandad de mi corazón en aquel momento y me sentí desdichado casi por no haber tenido, como ese chiquillo de colegio, una vaga novia en los juegos de la plaza, cuando cae el sol, las niñas discretas con los guardianes, y los niños unidos en rueda, cantan tumultuosamente:

«Este oficio no me agrada  
matan-tira-liru-liru-lá.....»

El auxilio del brevario fué escaso. No dormí en toda la noche y me levanté con la madrugada. Los edificios, en panorama caricaturesco, iban iluminándose en la incierta claridad del amanecer. El cielo estaba limpio como una lámina de cristal y el aire transparente. En las líneas lejanas del horizonte pintábanse manchas rojizas y en seguida apareció el sol, vistiendo casas y árboles en una túnica de rayos violentos. Era una mañana dulce y toda la poesía del otoño se concentraba en su desperezamiento lánguido y pensativo, glorificado por el canto de los pájaros y el paso tardo de los agricultores. Salía de la iglesia y me encaminé hacia el arroyo próximo, sin un móvil seguro ni un deseo determinado. Hacíalo por caminar, y, sobre todo, por distraerme de angustias tan dudosas como el objeto de mi paseo.

Un vecino, guiando una yunta de bueyes negros, me saludó:

—¿A tomar aire tan temprano, señor Cura?

—Es cierto.

—Parece usted enfermo.

—Estoy algo mal...

El pueblito quedó a mi espalda,